



Por la fe de alcanzar una orilla. Mónica Velásquez. *El viento de los naufragos*. La Paz: Plural, 2005. 99 pp.

*El viento de los naufragos*, tercer poemario de Mónica Velásquez, nos enfrenta a la experiencia del naufragio como un espejo donde se reflejan las propias debilidades, la parte vulnerable del ser, y nos ofrece la posibilidad de carear esos ojos de la muerte que siempre soslayamos. Pero también éste como medida de nuestra fortaleza.

La palabra naufragio (*naufragium* síncopa de *navifragium*) se compone de *navis* (barco, nave), y de la raíz *frag* presente en el verbo *frangere* (romper). Varios sentidos rodean su significado: fractura, pérdida, hundimiento, y así retornamos al sentido figurado, al naufragio como *toda pérdida considerable aún no relacionada con el mar*.

Naufragar es entonces voltear la barca, tocar fondo, mirar hacia dentro. Para vislumbrar ese lugar es necesaria una distancia; algo que nos aleje y permita ver desde la otra orilla. Es aquí donde el viento inquieta, llama a partir (a emprender el viaje y a fraccionarnos). El viento impulsará la barca, la hará zozobrar y la sumerjirá. Esta división es necesaria para asomarnos a la fragilidad íntima y reconocerla: *No soy yo/ quien se deshace/ en el temblor o la muda queja/ de un cuerpo roto/ (...)*. Y más adelante, en ese encuentro con la interioridad, la voz poética expresa: *Rota de mí/ esperando su cuerpo/ en el fondo del mar*.

El viento es también la fuerza que nos arranca de la embarcación: rompe el cuerpo, lo deja desnudo y expuesto a la intemperie, despojado incluso de su nombre. Viendo la desnudez como el estado de pérdida total o parcial de la territorialidad y la civilización; concretada la primera por la destrucción del navío, y la segunda por la privación de la vestimenta, en este caso no material, sino de identidad: *El viento aleje tu nombre, todo sea casi igual. / Hay demasiado peso en tu sombra/ y yo quiero curarte, lenta, con mi saliva*. El *yo poético* se transforma en el viento que despoja al *tú* de su nombre, y con ello de su identidad y su territorio, transportándolo a otros lugares y posibilidades desde donde observar y enfrentar el dolor. *Una niña guardada sin nombre*, quien dejará su desnudez para encarnar los dolores en su piel y aventurarse a naufragar en carne viva: *Magdalena, Beatriz, Juana la Loca, Justine*; ropajes que logren *obligarte a dejar el cuerpo, que sean la máscara segura para la celebración/ el personaje, el tú bien definido* y así hacer frente a aquello que se esquivo.

Para mirar a este “nuevo sujeto” y enfrentarnos a *los demonios de más adentro*, es necesaria la rigurosidad de la palabra: *gemir cada verso que te niega*, y así acceder al poder ambiguo y revela-



dor: *Entre dos mundos habita la palabra/ abriendo paso al indicio, cúmplase en mí tu voluntad, digo/ necesítame para cumplirte.* La palabra permitirá la visión del lugar de la fractura, de la escisión. *Hay heridas hondas -me dicen- necesitadas de decirse.* Las palabras, como ruego, como conjuro y hechizo, serán los puentes que acompañen la travesía por aquello que se teme. Las palabras protegen, acuden y frecuentan: *Asístanme mientras mi cuerpo se parte.* Un cuerpo no pesa, no duele, si es que está comandado por las palabras.

Enunciar el dolor, decirlo en sus múltiples posibilidades, permite hacerlo aprehensible y consciente; visible en un lenguaje que se muestra, nos desgarrar y nos arroja fuera de nosotros mismos, para permitirnos regresar. Se produce la ruptura, y nuestro cuerpo se manifiesta en una relación acerba que no puede escapar a lo erótico: el dolor como una intensa pasión. El erotismo es un enigma cuando el lenguaje no lo pone en evidencia, allí donde el cuerpo al dolerse denuncia su mutismo. Las palabras, el habla y la escritura, conforman un esbozo de nuestro inconsciente (estructurado como lenguaje), revelándolo como una serie de efectos que la palabra ejerce sobre el sujeto. El cuerpo se manifiesta, pues lo que no se puede decir en palabras emana por los poros. El dolor aparece también como una palabra que falta: *hallar en la sangrante garganta el vocabulario que te falta.*

Ese “dolernos el otro”, es el dolor que produce el cuerpo del otro y se le pide a la piel que responda. Como si hubiese piel en la punta de las palabras y palabras en la superficie de la piel. En el amor se hace evidente la necesidad del otro. Hay una búsqueda por parte del sujeto de esa fracción de sí perdida para siempre, aquello que se halla hundido en la profundidad: *talvez ya no esperarías que alguien diga tu nombre/ familiar, querido.*

*La naufraga* llega al otro lado, al revés de sí misma, y después de haber atravesado la desnudez, vuelve a vestirse e incluso disfrazarse: *Oí el eco de mis palabras, con otros acentos hirientes, / me enmascaré con ellas para no verme. / Así dispuesta volví a batirme con el mar.* Nuevamente la confrontación con uno mismo a partir del otro: el mar. Vuelve el espejo a reflejar nuestras debilidades, y es a través del lenguaje que se intentan dilucidar la vulnerabilidad y el entendimiento: *y entiendo detrás de mi comprensión, mi soberbia/ detrás de mi saber, mi miedo/ detrás de la crítica, mi espejo/ tras el placer, mi debilidad/ mi enfermedad tras las letras (...).* Las letras, las palabras como talismanes, la enunciación del nombre como la afirmación de nuestra existencia real, validada a través de la expresión del otro quien enuncia. Ese nombre como territorialidad, pertenencia, reconocimiento e identidad, también desde el otro: *partir también con vuestro nombre en mi batalla,* como un estandarte, una vela guía...



Mónica Velásquez, apuesta en *El viento de los naufragos* (Plural, 2005) por la fuerza existencial de la bella metáfora del naufragio: lanzados a la vida luchamos por llegar salvos al final, resistimos nuestros propios hundimientos y pérdidas, y lo hacemos por la fe de alcanzar una orilla.

**Jessica Freudenthal Ovando**

contacto: hardwaregeisha@hotmail.com